

El primer caso del inspector Méndez, el personaje creado
por Francisco González Ledesma

L L, Á M A M E M É N D E Z

Victoria González Torralba

Victoria González Torralba



Lámame Méndez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Victoria González Torralba, 2017

© Editorial Planeta, S. A., 2017

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: marzo de 2017

Déposito legal: B. 2.650-2017

ISBN: 978-84-08-16860-7

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión y encuadernación: Unigraf

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Estaba a siete pasos del prisionero, la distancia reglamentaria. Habitualmente eran tres los que formaban el pelotón de fusilamiento, pero hoy debía ejecutar él solo la sentencia. Apuntó con el arma, entrecerró un ojo, como había visto hacer a los vaqueros en las películas, y disparó. Hubo un instante de incertidumbre tras el cual el reo cayó de rodillas llevándose las manos al pecho en un gesto teatral.

—Eres malo hasta muriéndote —dijo el que acababa de disparar. No alcanzaba los diez años de edad y, al igual que su compañero de juegos, vestía ropas gastadas, demasiado grandes para su raquílica estampa.

Jugaban en la montaña de Montjuïc, el único paraíso terrenal con el que los vecinos del Poble Sec se atrevían a soñar. Antes de la guerra aquella ladera había acogido huertos domésticos y almuerzos domingueros, con copa y puro incluido, donde el trabajador olvidaba sus desdichas de hoy mientras anhelaba un mañana mejor. Esas quimeras proletarias ya se habían desvanecido —ningún sueño resiste las miserias de una guerra— y aquel edén se había transformado en un triste descampado donde los hijos de los perdedores convertían en un juego su propia derrota.

—Los héroes mueren así, despacio —le contestó el fallecido, que, indignado, había vuelto a la vida.

La frase dibujó una sonrisa triste en la figura que acababa de incorporarse a la escena. Era un adolescente de estatura mediana que hubiera podido presumir de complexión atlética

de haber nacido en otro tiempo o en otras calles. Llevaba el pelo, negro y espeso, peinado hacia atrás, a excepción de un mechón rebelde que le caía sobre la frente. Iba acompañado de un perro de aspecto cansado y bondadoso, uno de esos chuchos callejeros que durante la posguerra deambulaban por la ciudad como si esta fuera suya sin ser ellos de nadie.

—Eh, vosotros, ¿no tenéis otra forma de pasar el rato?

Los chavales saludaron y se acercaron al visitante para dedicarle al animal unas caricias que el chucho recibió con agrado.

—Id para casa. Antoñito, tu madre lleva un buen rato vociferando en el balcón —dijo dirigiéndose a uno de ellos—. Por lo visto, es hora de cenar. Como te retrases un poco más, me temo que vas a acabar fusilado de verdad.

Los chiquillos corrieron ladera abajo dispuestos a presentarse ante la autoridad militar pertinente y el recién llegado se quedó solo. No tenía prisa en regresar. Le gustaba aquel lugar, sobre todo al atardecer, cuando el cielo se teñía de rojo. Durante el crepúsculo una ligera brisa refrescaba el ambiente, una tregua que concluía al vencer la oscuridad. Entonces el calor volvía a extenderse como un manto pesado sobre los cuerpos insomnes. En esas noches largas no había quien pegara ojo, mucho menos aquellos a los que el hambre, el miedo, la rabia o las tres cosas a la vez les roían por dentro. Cuando la ciudad se apagaba, afloraban los fantasmas. El intenso bochorno que se había apoderado de Barcelona aquel verano del 45 no ayudaba a espantarlos. Durante el día las calles parecían más sucias y la gente más cansada, por la noche era la vida la que parecía más trágica y las oportunidades irremediabilmente perdidas.

El joven se sentó en una piedra hecha a medida para acoger las generosas posaderas de una matrona bien alimentada y contempló las calles estrechas que nacían en la montaña para desembocar en la amplia avenida del Paralelo. Las conocía bien, en ellas había pasado gran parte de la guerra y experimentado el horror de los bombardeos. Fue ahí donde des-

cargaron los aviones italianos en uno de los primeros ataques aéreos a la ciudad, en la primavera del 37, y también donde se produjo uno de los últimos, pocos días antes de que las tropas rebeldes entraran triunfales en la Barcelona derrotada. El primero fue el más cruel y el último el más triste. En el 37 los vecinos tuvieron que organizarse para limpiar las calles de cadáveres. En el 39 esos mismos vecinos tuvieron que apretar los labios y disimular las lágrimas.

Desde la panorámica que le ofrecía Montjuïc, recordaba la mirada perdida de quienes hasta hacía poco alzaban el puño convencidos aún de la victoria. Esos héroes cotidianos tenían ahora un aspecto diferente. Como el enfermo desahuciado, intentaban recuperar sus rutinas, doblegarse a la realidad sin hacer ruido y calibrar a escondidas el alcance de sus fuerzas, aun sabiendo que ya nada volvería a ser como antes. Él los había visto defender la República levantando barricadas de adoquines y disparando desde tejados y ventanas. Más adelante los vio construir refugios. Los hombres picaban y sacaban sacos de tierra que mujeres y niños ayudaban a cargar. Algunas excavaciones eran muy precarias, pero otras se trazaban en zigzag para amortiguar las ondas expansivas y con ángulos redondeados que facilitarían la evacuación de heridos en camilla. Recordaba con exactitud la humedad y el miedo que se respiraba en esos túneles. Era un miedo intenso pero pasajero, no como el que latía ahora en la superficie, sordo y definitivo. Se acordaba también de lo fastidioso que era dormir con los zapatos puestos, pero su madre le obligaba a hacerlo por si había que salir corriendo a guarecerse en plena noche.

Con la ingenuidad propia del niño que era entonces, había creído que la crudeza de los ataques sobre esa zona se debía al carácter rebelde de sus vecinos —no en vano, aquellas eran calles proletarias y rojas—, nunca se le había ocurrido que estar cerca del puerto, del cuartel de Atarazanas y de la central eléctrica más importante de la ciudad había tenido

bastante que ver. La proximidad de la fortaleza militar de Montjuïc tampoco ayudaba mucho. En el último siglo ese castillo se había convertido en una fábrica de mártires, en todo un símbolo de represión política y obrera. Por sus celdas habían pasado anarquistas, sindicalistas, fascistas y finalmente republicanos. Tenía que reconocer que su silueta le imponía. Era incapaz de contemplarla sin sentir un sordo temor, sin imaginar las horas de sufrimiento y tortura que escondían sus celdas más oscuras, la soledad del último preso antes de que la muerte viniera a buscarlo de madrugada.

El perro, que había intentado robarle unas caricias buscando sus manos con el hocico, se cansó de mendigar afecto y se alejó dejándolo solo con sus pensamientos.

Estaba harto ya de tanto dolor, ahora quería mirar hacia delante. Se sentía con fuerzas. Estaba contento, o eso creía, porque hasta para afirmaciones de ese tipo hacía falta experiencia. Lo cierto es que desde la pasada noche se sentía diferente, poseído por una energía nueva, como si alguien le hubiera quitado un peso de encima del que hasta ese momento no hubiera sido consciente.

Sí, a partir de ahora todo iría mejor. La guerra en Europa había terminado. Hitler estaba muerto y los alemanes se habían rendido. Con la victoria de los aliados tal vez España tomara otro rumbo, tal vez volvería la República y desaparecería el miedo. O tal vez no, pero, al menos, la guerra en el continente había terminado, la maldita guerra, siempre la guerra. Esa angustia que formaba parte de su vida desde que tenía uso de razón al fin iba a desvanecerse. Qué más daba ya a esas alturas ganar o perder, él lo que quería era vivir, ¿o es que no es eso lo que uno debe desear a los diecisiete años?

La noche anterior había acudido a una de esas verbenas de verano que las comisiones vecinales organizaban de forma espontánea. Hasta cuando vives en el mayor de los desencantos buscas ratos de alegría, o quizá entonces los buscas más que nunca. Eran

fiestas hechas con cuatro bártulos. Se bajaban algunas sillas a la calle, se improvisaba un entarimado en una plaza, se colgaban unos farolillos y se convencía a un par de músicos y a una cupletista jubilada para que amenizaran el baile a cambio de una cena con vino. Esos artistas de aspecto descompuesto y ajado adquirían bajo el alumbrado una apariencia renovada, como la de la vieja chistera que uno sabe manoseada pero que contempla con admiración mientras dura el truco de magia.

Se había acercado a la verbena con la ilusión de encontrar allí a Rosalía. La distinguió enseguida entre los pequeños grupos que se habían formado en la plaza, junto a otra chica de su edad. Cuando detectaron su presencia, en lugar de saludarlo, simularon no haberlo visto mientras intercambiaban risitas cómplices. Imposible escapar. Cuando la vida te da lo que quieres no es cuestión de tener o no valor, sino de cumplir con tu deber. Era consciente de que no era muy hábil en el arte de la conversación y sabía también que ante ella se comportaría de forma más torpe, así le había ocurrido otras veces cuando habían coincidido por el barrio o en alguno de los corrillos que se solían formar en la plaza del Surtidor las tardes estivales. Parado al borde de un precipicio, la idea de dar un paso en falso le aterraba.

Caminó hacia las chicas con las manos en los bolsillos, dirigiendo su mirada hacia esa mujer entrada en carnes que, subida al escenario, intentaba ser la que en realidad nunca fue. Su voz nasal entonaba: «Tres cosas hay en la vida: salud, dinero y amor. El que tenga esas tres cosas que le dé gracias a Dios». No quería que sus ojos se toparan con los de Rosalía, cuando eso ocurría se sentía indefenso, como si ella pudiera leer sus pensamientos. «El que tenga un amor que lo cuide, que lo cuide, la salud y la platita que no la tire, que no la tire.» Cuando se paró al lado de la joven se dio cuenta de que no sabía qué decir. Tendría que haber pensado algo. El estómago se le llenó de pánico y a punto estuvo de salir huyendo.

—¿No me vas a invitar a bailar? —Rosalía había hablado con tanta naturalidad que le llamó la atención que pudiera decirse de forma tan sencilla una frase que él hubiera sido incapaz de pronunciar aun deseándolo con todas sus fuerzas.

—No estoy seguro de saber —titubeó mientras se arrepentía en el mismo instante de haber dicho esas palabras.

La muchacha, dispuesta a enmendar los errores de su joven admirador, le animó:

—Si sabes caminar, sabes bailar. Solo hay que prestar atención al compás y mover los pies.

Se colgó de su brazo y lo llevó al centro de la plaza, donde ya algunos vecinos se movían al son de la música. No había mentido cuando confesó su torpeza, pero a Rosalía no pareció importarle. Pronto se mezclaron con el resto de parejas que se habían decidido a animar la noche y, como por arte de magia, la inseguridad que le había bloqueado desapareció. Ya solo era capaz de ver sus ojos y su sonrisa. Estaban tan cerca el uno del otro que podía oler el suave aroma de su cabello.

Mientras lo recordaba, en la soledad de la montaña, le pareció volver a respirar esa bocanada de aire fresco y limpio.

La agitación del perro, que insistía en darle toques con el morro, le sacó de su ensimismamiento.

—Venga, Tom, déjame tranquilo. No tengo nada para darte, busca algo por ahí.

Estuvieron juntos hasta que la verbena acabó y después la acompañó hasta su casa. Antes de despedirse quedaron en verse pronto.

Se sentía pletórico.

Mientras el cielo adquiría un tinte cada vez más anaranjado, no podía dejar de ver su cara y esa sonrisa que lo iluminaba todo. No tenía ninguna duda de que sus sentimientos eran correspondidos.

Sí, a partir de ahora todo iría mejor.

Los ladridos del perro cortaron de nuevo el hilo de sus evocaciones.

—¿Se puede saber qué te pasa...?

El animal se alejó unos pasos y se detuvo para ladrar mientras lo miraba.

—Está bien, vamos a ver qué puñetas quieres...

El joven se levantó con la intención de que el perro lo dejara en paz de una vez. No quería tener en su mente otra cosa que no fuera el rostro de Rosalía.

El perro avanzó unos cuantos metros hasta detenerse junto a unos arbustos.

Entonces se dio cuenta.

Había algo bajo las matas. Un bulto que, cubierto como estaba, no pudo identificar.

—¡Pero qué diablos...!

Apartó la maleza y lo que quedó ante su vista le revolvió el estómago.

Había un gato muerto. Lo habían abierto en canal y le habían sacado las tripas. Estas se desparramaban hasta ocultarse en una zona más espesa de la vegetación. Aún temeroso de lo que pudiera encontrar, avanzó un paso más.

Sintió que se le helaba la sangre.

Los intestinos del animal envolvían como un collar macabro el cuello de una joven. Tenía los ojos abiertos. La parte superior del vestido, manchada de sangre. Encima del pecho alguien le había colocado, apuntando hacia su barbilla, lo que parecía un dedo amputado. Los ojos del joven saltaron hacia las manos de la víctima y pudo comprobar que, efectivamente, le habían seccionado el dedo índice de la mano izquierda. Contempló sobrecogido el cadáver, con la falda remangada y la ropa interior bajada hasta los tobillos. Manchas de sangre seca y el rictus de la muerte desfiguraban su rostro, pero él la reconoció al instante.

Era Rosalía.